

LA CARIDAD.

AÑO 1.

SAN SALVADOR, ABRIL 10 DE 1884.

NUM. 12.

Parte tu pan con el necesitado; entonces ruega al Señor, y te oirá. Pero cuando hagas limosna no toques la bocina, como hacen los hipócritas para que los honren: no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. (Isai, 58, 7. Dan 4, 24.)

Al Señor Doctor

Don Rafael Zaldivar,

Presidente de la República,

Deseamos el mas feliz y provechoso viaje; y que restablecido completamente de los quebrantos de su salud, él y su muy apreciable familia, vuelva pronto al seno de su patria, donde deja el sincero afecto de muchos corazones agradecidos.

Carácter de Jesucristo.

Lo primero que se nota en el carácter de Jesucristo es un desprendimiento noble, absoluto y universal de todas las cosas que constituyen el objeto de las aspiraciones humanas: riquezas, poder, influencias, predominio, celebridad, placeres, comodidades, magnificencia, esplendor son para él palabras sin objeto: nada de esto entra en el gran cómputo que preside al plan de su conducta. Muéstrase como el hombre de dolores, como el objeto de la tribulación, como el blanco de la envidia, como la víctima del mundo, desde que abrió sus ojos á la luz hasta que los cerró para descender al sepulcro.

Pasó treinta años de su vida sin ser conocido, tal como era, de nadie; y cuando ya se dió á conocer, fué de una manera tan distinta de la grandeza y de la pompa del mundo, que no podía inspirar amor hácia estas cosas, ni deseo de adquirirlas á persona alguna. Evita cuanto puede tener esplendor: no aparece en la corte de los reyes: nunca se distingue cerca de los grandes. Predica ordinariamente á los pobres; y camina por todas partes con el pensamiento fijo en la muerte cruel y vergonzosa, cuyas circunstancias tenía siempre á la vista de su alma, y las había predicho frecuentemente á sus discípulos.

"Extraño es, observa Nicole, que siendo Jesucristo el árbitro de la naturaleza, como lo hacía ver en sus milagros, no se haya hecho temer de persona alguna: pero todo se explica facilmente, advirtiendo que

las muestras de humildad con que acostumbraba cubrirse, hacían mayor impresión en el espíritu, que las señales de grandeza que aparecían en sus obras. En una palabra: cuanto hay de grande en Jesucristo no es sinó una consecuencia de su ministerio, y cuanto hay de pequeño y humilde en su conducta, es un efecto de su voluntad y de su elección: nada se veía por tanto en él, que no fuese dirigido á establecer en el corazón humano el desprecio del mundo y de sus pompas."

Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo mantenía siempre en su pecho la llama suave y ardiente de una caridad divina. El desprendimiento universal de sí mismo se revelaba en todos sus discursos y en todas sus acciones. Era el doctor, el consumidor, el apoyo de una ley de plenitud, y hacía resplandecer de continuo en todos los rasgos de su vida la gloria de Dios y el bien de la humanidad, como el exclusivo objeto que le había traído á la tierra. En todo lo que hace, en todo lo que medita, no se propone mas que cumplir la voluntad de su Padre: no se ocupa en otra cosa, que en establecer y propagar el reino de Dios, esto es, la verdadera religión. Su celo es ardiente; pero no se descubre en él ni un solo indicio de violencia y amargura: su vida es austera como su moral; pero manifiesta siempre aquel sabio temperamento que ni se precipita en el exceso, ni admite la singularidad.

La mortificación habitual que prescribe no excluye los inocentes recreos. Recomienda la continencia como el más perfecto de los estados; pero asiste al convite de un banquete nupcial, é instituye un sacramento para santificar el matrimonio. Vivió en la pobreza y abyección; pero llamando á todos á su reino, no excluyó de las esperanzas que trajo á la tierra, ni al rico ni al poderoso. Ataca los vicios y los errores de los grandes y de los magistrados; pero consagra su auto-

ridad en el respeto del universo. Declara en términos formales que su reino es espiritual, y por tanto el reino por excelencia; pero sometiéndose al tributo del César, coloca sobre una misma línea los deberes de la religión y los de la sociedad. He aquí su política, sus convicciones, su conducta: enseña á sus discípulos á mirar el cielo como su patria; pero estrechando al mismo tiempo en ellos todos los vínculos legítimos que les adhieren á la tierra.

Ni le faltó una sola virtud, ni tuvo un solo defecto. Examínese ahora cuanto abarca en su esfera la posibilidad humana, y dígase de buena fé, si la naturaleza es capaz de tanta perfección. Un carácter de esta clase, no lo dudemos; es un carácter divino; y la eminente santidad de Jesucristo excluye la necesidad de otra prueba, para engendrar en el alma una convicción perfectísima de su divinidad. Tal fué la plenitud de su justicia, que la más encarnizada incredulidad no se ha permitido el mas ligero reproche contra su conducta. Celso, Porfirio, Hiérocles, cuantos han combatido la religión, no pudieron eximirse de tributar un homenaje á la integridad de su virtud.

"¿Quién no admiraría, dice Jacques, su inmensa caridad para con todos los hombres, su benevolencia, su dulzura, su paciencia, su magnanimidad? Cura á los enfermos, consuela á los afligidos, instruye á los ignorantes: es todo para todos. No se venga de los ultrajes de los judíos, sino haciéndoles nuevos beneficios: he aquí la generosidad de la virtud. Llorra sobre la suerte de Jerusalén: he aquí el amor de la patria. Llama con el tierno nombre de amigo al monstruo que le vende: he aquí la clemencia y la misericordia. No se queja ni de las falsas acusaciones de los testigos, ni de la injusticia de los jueces; presenta sus mejillas á los que le hieren, y su rostro á los que le escupen: he aquí la paciencia, la morti-

ficación, el sacrificio, la virtud de la penitencia. Camina á su patíbulo con la dulce tranquilidad de un cordero: *he aquí la obediencia en su perfección mas sublime.* Sufre, por último la mas injusta é ignominiosa muerte con una grandeza de alma que no le permite desplegar sus labios, sino en favor de sus verdugos. *No son estas la vida y la muerte de un hombre: ¡ así vive y así muere la humanidad sacrosanta de un Dios!*"

¿Quién de vosotros me arguirá de pecado? dijo en ocasión en que le rodeaban los fariseos, los escribas, el pueblo todo, enemigos encarnizados de su doctrina y de su nombre. Un silencio profundo sucedió á la pregunta de Jesucristo: silencio mas persuasivo y convincente, que la elocuencia mas inflamada y el raciocinio mas estrecho y demostrativo. Por último, llamamos la atención de nuestros lectores hácia una circunstancia única en la historia del hombre y de la sociedad. En todos los siglos se han presentado legisladores y filósofos anunciando el designio presuntuoso de reformar el entendimiento y perfeccionar las instituciones políticas; mas á pocos pasos del tiempo, las doctrinas han cedido el campo á nuevos sistemas; la ciencia social ha perecido entre innumerables vicisitudes: los legisladores han tenido necesidad de sobreponerse á la ley, para no aparecer inconsecuentes; y en su conducta no hay mas diversidad ordinariamente, que la que pone entre ellos, no la graduación de las virtudes, sino el número y la diversidad de sus vicios.

Jesucristo es el primero que ha concebido el plan maravilloso y divino de una felicidad perfecta, fundada en la observancia de sus máximas, y que ha practicado al mismo tiempo, con una perfección inconcebible, hasta los últimos pormenores de su doctrina y de su ley. "No hay virtud, dice Duvoisin, acerca de la cual no nos haya dado Jesús el precepto y el modelo: entre todos los legisladores y todos los doctores de moral, él es el único que instruye al mismo tiempo que con sus discursos, con el ejemplo de toda su vida. Todas sus palabras, sus acciones todas no respiran sino piedad y caridad; pero una piedad y una caridad hasta entonces desconocidas en la tierra."

Concluyamos. IBA HACIENDO EL BIEN, nos dice el Apostol, y estas palabras lo declaran todo.

San Salvador, Abril de 1884.

JUAN BERTIN.

Necrología.

Como saben nuestros lectores, el telégrafo trajo la noticia del fallecimiento del doctor don **Francisco Dueñas**, acaecido el primero del corriente mes en San Francisco de California; noticia que la prensa ha generalizado, con el respeto que siempre inspira la majestad de la muerte.

Vivió el señor Dueñas setenta y cuatro años cuatro meses, y en su larga carrera política supo enfrentar con calma muchas y grandes dificultades; mas de sus hechos juzgará la historia como habrá juzgado de su alma la Misericordia Divina.

A nosotros toca decir:

¡ Paz á los restos del notable juriscónsulto, del sencillo y modesto literato, del distinguido estadista y del hombre político!

REPRODUCCIONES.

LOS DESHEREDADOS.

(Continuación.)

V.

Lo que aumenta la irritación del pobre contra el rico y hace más temibles las seducciones del socialismo, es la falsa idea que se ha hecho concebir á las masas sobre lo que se llama la *vida feliz* de los ricos y la *vida desdichada* de los pobres.

El socialismo en sus libros y en sus arengas no escasea la pintura de los placeres y de la satisfacción que experimentan á su modo de ver los opulentos, no cansándose de presentar como en contraste la aflicción y privaciones á que viven sujetos los desvalidos. La vida del rico, según los nuevos apóstoles, es un cielo anticipado; la vida del pobre un verdadero infierno. Y hasta tal punto se ha logrado hacer prevalecer esta opinión, que en el lenguaje popular *ser feliz* equivale ya á ser rico.

Sin necesidad de grandes raciocinios, con solo dar una mirada á lo que pasa en torno de nosotros, nos convenceremos de que toda esta doctrina sobre la felicidad es una grosera mentira. Veremos que la felicidad no está vinculada en ninguna clase social. Veremos que hay pobres felices como hay ricos desdichados, siendo más abundante el número de ricos desdichados que el de ricos dichosos, por más que á primera vista parezca lo contrario. Veremos que la felicidad es un don que, en la parte que es posible en esta vida, se lo forma cada cual en su corazón, independientemente de las riquezas, de los honores y aun de la propia salud. De este modo convenceremos de embustero al socialismo cuando para irritar á las clases pobres nos las pinta, no solo como desheredadas de la riqueza (lo cual es falso, como hemos visto), sino como desheredadas también de la felicidad, lo cual es más falso aun, como vamos á ver.

No todos los ricos son dichosos, ni todos los pobres son desgraciados. Luego la clase de los ricos no debe ser llamada, solo por serlo, la clase feliz; ni la clase de los pobres, solo por ser tal, debe ser llamada la clase desgraciada.

Estoy tan lejos, gracias á Dios, de la escasez como de la opulencia, y mi situación y mi ministerio me permiten tocar con las manos los inconvenientes y las ventajas de entrambas. He pisado los dorados salones del potentado, y un minuto después la bohardilla miserable del menesteroso, y en ambas partes he presenciado cuadros de dolor y cuadros de alegría; pero ¿me permitiréis que os lo diga, amigos míos pobres? Los dolores del poderoso me han parecido más profundos y más inconsolables que los vuestros, y vuestras alegrías más llenas, más sinceras, más verdaderas que las del poderoso. Os hablo la verdad tal como la siento en mi conciencia y delante de Dios que ha de juzgarla. Son mayores las privaciones del pobre que las del rico, son mayores las satisfacciones del rico que las del pobre; pero, sin embargo, no es más feliz el rico que el pobre, ni es más desdichado el pobre que el rico. Me explicaré y me entenderéis, y direis que tengo razón.

VI.

La sabia providencia de Dios, que después del pecado de Adán y como castigo de él ha permitido en el mundo la dolorosa desigualdad de condiciones, ha cuidado por su parte de templarla estableciendo en todo una *compensación*. Al rico le ha dado más comodidades, es cierto; pero en cambio le ha hecho más sensible y más delicado para sufrir la menor incomodidad. Al pobre le ha dado más incomodidades, es cierto; pero también le ha hecho más agradables, más deliciosas las pocas comodidades que puede alcanzar en medio de la pobreza. Todo está compensado, y aunque el pobre y el rico no lo comprendan á primera vista, lo comprenderían á poco que se fijasen en su verdadera situación y si conociesen á fondo la verdadera situación el uno del otro. Ejemplós.

A tal pobre le parecerá una gran dicha no tener que pensar cada mes en el pago del alquiler de su modesta casita. ¡Cuán duro es para el necesitado ver precipitarse los días del mes, y ver acercarse el de la paga sin tener con qué realizarla! ¡Quién pudiera ser como aquel ricacho de enfrente, que nunca se encuentra en semejantes apuros! Y no obstante, aquel ricacho, que no pasa apuros para pagar el alquiler de su casa, no duerme ocho días há, porque no sabe si podrá pagar en su día una letra de miles de duros que han girado contra él, y le aterra la idea de que habrá de pasar por insolvente y perder su crédito. El pobrecito no sufre de seguro tanto como aquel poderoso. Y si el acreedor ejecuta judicialmente á ambos, ¿quién el más infeliz? Solo diré que la mayor parte de los suicidios que registran las páginas contemporáneas no los han cometido pobres desesperados, sino ricos desesperados. ¿Qué hay aquí? La compensación. Pasa por delante del gran teatro, y si entras en él por casualidad, admiras el lujo de aquellos adornos, la grandiosidad del local, lo espléndido de la iluminación, el portentoso mérito de los artistas. Y dices en tu interior: "¡Cuán grato debe de ser tener un palco en este pala-

cio y gozar cada noche de estas delicias! ¡Quién fuese rico! Y no obstante, la mayor parte de los ricos que concurren allí miran con indiferencia aquellas grandezas y asisten hasta con tedio á aquellos espectáculos. Hay quien se fastidia allí como en otra parte. A muchos es solo una exigencia de la moda lo que les obliga á asistir; más de cuatro damas y más de cuatro caballeros de los que ves aquí con tanto diamante y tanto encaje envidian la alegría y animación de tus meriendas de campo, y si alguna vez pasan cerca de tí cuando estás en semejantes franquicias, dícense al oído con cierta tristeza: "¡Cómo se divierten esas buenas gentes! ¡Esto sí que es expansión y regocijo!" Y es verdad. Gozas más tú en el día de tu algazara en familia ó entre tus camaradas, que ellos en su diaria reunión del teatro ó del casino. ¿Quieres saber por qué? Por la *compensación* que Dios ha establecido. Quien tiene mas ocasión de gozar, goza menos. Quien tiene menos ocasión de gozar, goza más.

¿Has notado alguna vez lo que pasa en un tren de ferro-carril con los viajeros que van en diferentes wagones? Hicé no há mucho tiempo la observación siguiente en uno de los trenes de recreo organizados con motivo de ciertas fiestas populares. Había allí wagones de primera clase, de segunda y de tercera. En los de primera se había procurado reunir toda clase de comodidades. Buenos almohadones, cortinillas, alfombra, abrigo, etc., etc. Los de tercera presentaban el más deplorable aspecto. Asientos duros, ventanas abiertas á todo sol y á todo aire, desaseo, amontonamiento de personas sin consideración, etc. Procuré estudiar aquellos dos cuadros en una de las largas paradas de la carrera. El cansancio, el fastidio, las quejas, el mal humor se hallaban en los asientos de primera clase. La broma, la algazara, los dichos alegres, las risotadas, se hallaban en los de tercera. Es decir, en aquellos con todas las comodidades se hallaba el viaje penoso. En estos en medio de toda la incomodidad se hacía el viaje muy divertido. ¡Y no obstante, los de tercera envidiaban tal vez á los de primera! ¡Imagen del mundo! ¿Está aparente contradicción? ¡Ley providencial de las *compensaciones*!

Esta *compensación* hace que la sean más sabrosos al pobre sus arenques y su ajo del país, que al rico sus gallinas y sus licores extranjeros.

Esta *compensación* hace que se disfruten más la familia del pobre en un día de salida á la pradera, que la familia del rico en una temporada.

Esta *compensación* hace que las fiestas de salón, más bulliciosas y expansivas, hagan más bulliciosas y expansivas las fiestas de salón, en que la etiqueta y el cumplido hacen sentir el vacío profundo del corazón.

Esta *compensación* hace que nadie sea más difícil de consolar que el rico en sus tribulaciones, y nada más fácil de ser consolado que el pobre en las suyas. Tanto lo saben los médicos y sacerdotes.

En una palabra; las riquezas, y hono-

res y comodidades de la vida son más propias para aparentar felicidad que para darla de veras. El rico es más feliz en la opinión de los demás que en la realidad de las cosas. El pobre tampoco es tan infeliz como se figura el rico.

VII.

Bien, ¿y qué sacaremos de estas observaciones que enseña la experiencia?

Lo que pretendo sacar de ellas es, que así como nadie está excluido de la posesión de las riquezas materiales, pues todo el mundo, por pobre que sea, puede adquirirlas con su sudor ó con su industria como de hecho muchos pobres las adquieren todos los días; así nadie está excluido de la posesión de la felicidad, ó de lo que se llama felicidad en este mundo, porque sabido es que lo que concebimos con este nombre es apenas una sombra de felicidad.

En suma saco de aquí, que en ningún sentido pueden llamarse *desheredados* los pobres. Participan de todas las *herencias* propias del hombre acá en la tierra: de la herencia del *suelo*, porque pueden ser propietarios; de la herencia del *capital*, porque pueden ganar buenos jornales y formárselo con ellos; de la herencia de la felicidad, porque pueden ser y son felices, como cualquier otro puede serlo en esta vida. Si algo hay (y hay mucho) que les atormenta, no están de ello dispensados los ricos. Las cosas de los poderosos vienen abajo muy á menudo por reveses de fortuna. La enfermedad se ceba cruelmente entre los potentados, y es un horrible tormento para muchos nadar entre tesoros y no poder comprar con ellos un minuto más de vida para sus hijos, y una hora de sueño para sus ojos desvelados, ó un momento de sosiego para los dolores de su cuerpo. El mismo hábito de ver satisfechos los menores caprichos hace mas dolorosa cualquiera privación. En los niños se ve esto al vivo. El niño del pobre se divierte jugando al caballito, montando en un palo que es su único juguete, mientras el niño del rico llora y se desespera por no tener en su poder todas las baratijas que ha visto en los aparadores de la ciudad.

Dios, así como derrama el sol sobre los palacios y sobre las cabañas, así derrama el consuelo y la alegría sobre pobres y ricos, y tal vez, y si se trata de la paz del corazón y de los gozos del hogar, que son, después de la gracia de Dios, los mas preciosos dones de la vida, los derrama con mas profusión sobre los primeros que sobre los segundos. Lo cierto es que los grandes poetas, novelistas y pintores de costumbres, los hermosos cuadros de felicidad que nos han dejado los han ido á buscar casi siempre en la modesta habitación de las clases menos acomodadas.

No hay, pues, *desheredados*. Lo enseña la razón, lo confirma la experiencia, y lo confiesa el mismo pobre cuando no habla guiado por las malas pasiones.

VIII.

Hora es ya de que hablemos al fin como cristianos, si hasta ahora pudimos hablar como meros filósofos de la natu-

raleza. La verdadera *herencia* del hombre no es la tierra. La de la tierra no es más que una antecámara, un pasadizo ó corredor, por donde atravesamos un momento para quedarnos definitivamente en otra parte. La *herencia* del hombre es el cielo, por más que blasfeme la inmundada revolución, que quisiera hacer de nosotros un hato de bestias nacidas sólo para pacer y morir sin otra esperanza alguna. No hemos nacido para el mundo, hemos nacido para la eternidad; valemos mas que las aves del aire y que las fieras del desierto, para que hayamos de contentarnos con comer un poco más ó un poco mejor que nuestros hermanos. De consiguiente lo de acá es de poca importancia comparado con lo de allá, y con tal que se llegue al término feliz del viaje, poco importa haber llegado en wagon de primera ó en wagon de tercera, puesto que al llegar á la estación, que es la muerte, todos hemos de quedar iguales, sin otra desigualdad que la de nuestros merecimientos. Y ¿qué aprovechará al hombre haber ganado todo el mundo si pierde su alma? Y ¿qué le importará no haber tenido un palmo de propiedad en la tierra si logra poseer un reino en el cielo? Esta es la *herencia* única, positiva, única formal, única verdadera, de la cual nadie puede *desheredarnos*. Los demás es farsa que dura un momento.

Este debe ser nuestro consuelo, esta nuestra esperanza. Y esta esperanza no solo nos hará mirar como cuestiones de poco mas ó menos todas las que en este mundo traen agitados á los mortales, sino que nos enseñará á guardar nuestro corazón libre de ambición y del odio con que á todo trance procura envenenarlo el socialismo.

Muchos pobres no son felices hoy día ni pueden serlo. . . . ¿Cómo podrían serlo el que lleva un infierno de codicia de rencores en el corazón? Nuestros abuelos, quiero repetirlo, ganaban jornal y eran más dichosos, por la falta de la riqueza de dineros, que los ricos de honradez y de santas creencias. Hoy mas favorecidos por la fortuna y con mas crecidas ganancias, los pobres son mas pobres, porque se les ha robado la fé, la esperanza y la caridad que hacían dichosa su existencia. El trabajador de hoy es ciertamente bien digno de lástima. En lugar de creer al sacerdote, cree al predicador del club; en lugar de consolarse con las máximas de la fé, se consuela ó se irrita mas y más con los artículos de un periódico socialista; en lugar de alentarse con las esperanzas del cielo, se desespera con los locos ensueños de riqueza y de felicidad temporal que á todas horas se le prometen y que nunca, nunca se realizan. Y para lograrlos juega al azar su honra, sus costumbres, su fé, su tranquilidad, y hasta su alma. Llega hasta el punto de abdicar su libertad haciéndose esclavo vil de una secta secreta cuyos propósitos no conoce, y muere renegando de su Dios, de su familia y de la sociedad entre los horrores de la agonía de un réprobo.

He aquí el infeliz á quien con toda

verdad podríamos llamar *desheredado*.

Atrás, honrado trabajador, atrás, atrás, hasta encontrar otra vez la herencia perdida, la herencia de tus mayores, la herencia de paz, de resignación y de religiosidad que les hizo felices. Atrás, hasta recoger esta preciosa herencia que te han robado tus regeneradores. Atrás, hasta encontrarte otra vez en brazos de tu Dios y en posesión de tus antiguas creencias.

Quien te llame *desheredado* es un traidor que solo aspira á *desheredarte*. No fies de quien te halague. La voz severa de la religión podrá parecerte alguna vez enojosa, nunca la encontrarás embustera. La voz halagüeña de tus embaucadores te será casi siempre al principio muy agradable, no tardará empero en dejarte en la desesperación de tus remordimientos y de tu desengaño.

Felix Sardá y Salvany, Prbº

Director de "La Revista Popular."

VARIETADES.

TRADICION HISTORICA

de como un cabo ascendió á sargento.

Apostaría doble contra sencillo que si mis lectores se hubieran encontrado en las circunstancias del cabo de que vamos á tratar, á buen seguro que se les habria puesto el pelo de punta.

No era para menos; la metralla caía como puñados de arena, y todos los hijos de vecino estaban haciendo muy á tiempo de tripas corazón.

Corría el 25 de Setiembre del año de gracia de 1839.

San Pedro Perulapán era un campo de agremiamiento y el General Morazán acreditaba, una vez más, su valor militar.

El General Ferrera, á la cabeza de mil hondureños y nicaragüenses habia dejado sorprender por el caudillo pro-americano, á las cinco de la mañana pan, pan, pan, poón! Tirito por un lado y otro por otro y mis paisanos haciéndolo. Y cómo no las habían de hacer con hombres como Miguel Sarabia, Enrique Rivas, Mariano del Rio, Ignacio Malón, Cruz Lozano, Ignacio Pérez, Luciano Argote y muchos mas que le estaban haciendo visajes á la *pelona*?

Ferrera quizá pensó meter á los salvadoreños en un zapato, pero mis paisanos sabían entonces poner las peras á cuatro.

El General Nicolás Espinosa, los Coronales Aguiado y Eugenio Chinga y muchos otros al lado de Ferrera, entre ellos el sargento Santos Guardiola, también se batían con denuedo. Y, quien lo creyera! El mismo capellán del ejército de Ferrera habia tomado su fusil.

En una casita de la orilla del pueblo se encontraba sentado en un taburete el cabo de esta verdadera historia, con mucha calma fumando un puro y con su retaco listo. No estaba en la acción porque se hallaba rebajado del servicio, desempeñando funciones de escribiente; pero su talle y aspecto eran los de un hombre de valor, como lo demostró años después.

Así es el mundo, y así es como nos explicamos que un hombre de las condi-

ciones de nuestro cabo no estuviese habiéndose con el enemigo.

En estos momentos pasó, algo mas que ligero, un coronel cuyo nombre no hace al caso. Lo llamaremos el coronel X.

El cabo siguió á su jefe, quien á poco rato ve hácia atrás y dice:

—A dónde va cabo?

—A cuidarlo, mi coronel.

Este llevó el dedo índice á la boca para indicar al cabo que guardase silencio y continuó su marcha en sentido defensivo, seguido de nuestro entendido cabo. Entraron á una casa de pobre apariencia, perteneciente á una familia que se ocupaba en la elaboración de la panela, donde habia una buena cantidad de lo que llamamos *tapas de dulce de rapadura*. Al ver el precioso conjunto de la caña de azúcar, el coronel X se sonrió de una manera satisfactoria, y, ayudado del cabo, empezó á fabricar dentro de la casa una trinchera circular, en cuyo centro se colgaron, incómoda pero bonitamente, jefe y subalterno.

Ni uno ni otro articulaba palabra.

Entre tanto, la victoria iba á coronar al benemérito General Morazán y Ferrera iba á pasar por la humillación de otra derrota.

Los tiros se repetían con mayor actividad por un lado, y el terror y el pánico se estaban apoderando del ánimo de los soldados de Ferrera.

Derrepente un grito se escapó del corazón de los salvadoreños. Habíamos triunfado! El enemigo iba en completa derrota, y los nuestros, ebrios de gloria, se esparcieron por la plaza, victoreando al General Morazán.

Entonces, el coronel X y nuestro cabo, salieron de su escondite de panela y se dirigieron á la plaza, á reunirse con sus compañeros.

El General Morazán, queriendo premiar el valor de mis paisanos, principió á ascenderlos en sus grados. Dió el grado de Teniente Coronel á Lozano y el de Brigadier á Enrique Rivas.

Cualquiera dirá que fué injusticia no haber dado igual ascenso al Coronel X, porque después supo darse á conocer como valiente con algunos heridos enemigos que encontró, de quienes dió buena cuenta, y, sobre todo, porque demostró mucho entusiasmo por la causa, cosa que se ha visto premiar con demasiada frecuencia, y es probable que con sobrada razón; pero yo digo que el General Morazán hizo muy bien de no hacer caso del coronel de rapadura.

El cabo, temiendo se le conociera que no habia estado en la acción, se juntó á unos soldados, con quienes siguió la ruta que habian tomado los derrotados.

A poco se descubrió una huella de sangre y nuestro cabo la siguió con sus soldados; pero al llegar á una cerca de piña la huella habia desaparecido. Como hombre de sagacidad, el cabo supuso que el herido se habria ocultado al otro lado de la cerca.

Y así fué en efecto.

No habian andado mucho cuando vieron, tendido en el suelo y revuelto en sangre, á un oficial enemigo.

Verlo y quererle fusilar fué obra de un minuto; lo que probablemente habria

sucedido, si nuestro cabo no hubiera atravesado su retacito para desviar los fusiles de los soldados, á quienes hizo observar que no debe matarse al enemigo indefenso y rendido.

En esto llegó el General Morazán.

Qué sucede aquí? preguntó.

Y cuando el cabo iba respetuosamente á dirigirse á su jefe, el herido, haciendo esfuerzos, se levanta y grita:

¡General Morazán, yo soy el coronel Aguado!

No tenga U. pena, dijo el General, y luego dirigiéndose al cabo, le dice:

Muy bien hecho, cabo, todo lo he visto, muy bien: la caridad debe ser nuestro distintivo con los enemigos que, como el coronel Aguado, no pueden hacernos mal. ¡Muy bien! gritaron los soldados.

Además, prosiguió Morazán, la acción hecha por U. merece recompensa, y desde este día le doy el grado de sargento.

En seguida el mismo cabo llevó en sus brazos al coronel Aguado á una de las casas de San Pedro Perulapán, donde se le prodigaron los cuidados que á los demás heridos.

Ya veis, lector querido, como nuestro cabo, muy lejos de querer sentar plaza de matón, mereció, por su liberalidad, el ascenso de su grado y la consideración de sus jefes y de sus conciudadanos.

El hecho te demuestra las ventajas que alcanza el hombre y principalmente el militar, que se conduce con honor, elevada virtud de que se aleja cuando sin necesidad procede cruelmente contra sus semejantes.

El cabo de la acción de Perulapán tiene ahora honrosas cicatrices, que ha sacado en diferentes encuentros y acciones de guerra, y puede lucir, como pocos, sus galones de coronel.

S. Salvador, Marzo de 1884—Un amigo.

CRONICA DEL HOSPITAL.

Estado que manifiesta el número de enfermos asistidos en el Hospital general de San Salvador, y en el Lazareto anexo, durante el mes de Marzo de 1884.

	ALBAÑOS.	AFR.	YRGA.	LES.
Existencia del mes anterior	126			
Entraron	132	5		
Salieron curados ó mejorados	109	86	58	1
Murieron	22	03	1	
Quedaron para Abril	129	40	102	2
Estancias que causaron				
LAZARETO.				
Existencia del mes anterior	10	3		
Entraron	34	7		
Salieron curados	13			
Murieron	8			
Quedaron	13			

Estancias que causaron Se asistieron en el Hospital 361 en causaron en todo el mes 8,176 estancias, medio cerca de 364 cada día.

Para el 1º de Abril presente habia 271 y siendo capacidad el edificio sino solo para disti cómodamente 250 se demuestra la necesidad de ensancharlo.

S. Salv. IMPRENTA NACIONAL de F. Segrial.
Calle de la Aurora, N. 9.